

miga, que destruía todas sus producciones, espira con él.

Empieza á reynar la eternidad. ; Soberana respetable y ultrajada, quan justo es tu resentimiento contra el linage humano! ; Quántas veces llamas-tes á las puertas de nuestros corazones! ; Quán-tas veces te valistes de la voz de Dios para des-pertar al hombre? Y este siempre te desechó, como una importuna imaginacion, como un sueño desagradable, al paso que insensato acogia con amor á sus mas infames enemigos. Pues véate ahora el miserable abrir tus puertas millares de veces mas espaciosas, que la distancia que se ex-tiende desde el Indo al Polo helado.

## SEPTIMA NOCHE.

### EL CARACTER DE LA MUERTE.

; QUAN feroz es la muerte, y cuán extraña!  
 ; Si á lo ménos su bárbara guadaña  
 En los ancianos solo ensangrentase,  
 O en aquellos mortales desdichados,  
 De miseria y tristeza devorados—  
 Si puntual á seguir se sujetase  
 De la naturaleza el curso lento,  
 Sin preceder qual suele su carrera,  
 Mas rápida que el viento—  
 Si esperase que fuera  
 Del tiempo poco á poco consumido  
 Nuestro cuerpo, y al paso que cayese  
 Por sí mismo á cenizas reducido,  
 Al lóbrego sepulcro lo barriese!—  
 ; Mas ay suerte infeliz! ; Su mano impía  
 A él nos arrastra á veces,  
 Llenos de robustez y lozanía!  
 ; Enemigo sangriento,  
 Si es un bien nuestra vida, te enfureces  
 Y la cortas! ; La alargas si es tormento!



;Te complaces en ver que sobreviva  
 El pobre al poderoso,  
 Y el hombre desgraciado al que es dichoso!  
 ;Quántas veces la mano compasiva  
 Del hombre delicado y enfermizo,  
 Cuya vida consumes lentamente,  
 Cose al jóven robusto la mortaja!  
 ;Y quántas tu capricho antojadizo,  
 De tal modo baraja  
 Nuestras vidas, que llora amargamente  
 El decrepito anciano la temprana  
 Pérdida de su nieto, sepultado  
 En la edad mas lozana,  
 Sobre su triste túmulo inclinado!  
 ;Yo con mis propias manos he cavado  
 El tuyo! ;O mi Narcisa!  
 ;Te he puesto en él quando con dulce risa  
 Apuntaba en tu edad la primavera!  
 ;Mas para qué renuevo la penosa  
 Cuenta de tu brevísima carrera!  
 ;Larga fué, pues viviste virtuosa!  
 No el astro que gobierna diligente  
 El año: la virtud es la medida  
 Puntual de lo que dura nuestra vida.  
 Sin ella, aunque de edad un siglo cuente,  
 Muere jóven el hombre: así borremos  
 De la gradaba fecha de qualquiera  
 Epitafio, los años malgastados

Que á la virtud no han sido delicados;  
 Contarlos en la vida no debemos,  
 Pues es falso que el hombre los viviera.  
 Al paso que se apaga  
 La virtud en su pecho, va creciendo  
 En él la hambre de honores y riquezas,  
 Que insaciable lo está siempre royendo,  
 Por mas esfuerzos que haga  
 Para aplacarla. ;Miseros mortales,  
 Qué poco conoceis las ligerezas,  
 Los juegos desleales,  
 Con que esa diosa, que llamais *Fortuna*,  
 Se entretiene, y os hace  
 Delirar tantas veces! Su semblante  
 Pérfido, es mas mudable que la luna.  
 Alegre se complace  
 En engañar y atormentar al triste,  
 Que da en la necedad de ser su amante.  
 Al paso que él insiste  
 En seguirla, se le huye como el viento.  
 ;Qué exemplos de este loco embaimiento  
 Me presenta tanto hombre, que cansado  
 La sigue sin mudar jamas de intento,  
 Por mas que de ella sea desdeñado!  
 ;Y qué triste espectáculo me ofrecen  
 Los pocos que sus dones favorecen!  
 Mueve la impia deidad las alas de oro,  
 Que en el ayre agitadas resplandecen,



Y abre el rico tesoro;  
 Encarga al ciego acaso que divida  
 Sus envidiados dones;  
 Acuden los mortales á millones  
 Con los brazos abiertos, extendidas  
 La mano á ver si pueden alcanzarlos,  
 Y si no, unos á otros arrancarlos.  
 Mira quando estos dones caen en tierra,  
 Con quanta furia cada qual se afierra  
 Del que los coge. El mas enamorado,  
 No hace allí cuenta del objeto amado,  
 Sino de su interes. El padre oprime  
 Enfurecido al hijo. El tierno amigo,  
 Por el amigo maltratado gime.  
 Tiran como á enemigo,  
 A todo el que hace estorbo á su codicia.  
 ¡Quánta es su astucia, quánta es su malicia,  
 Para rastrear la presa deseada!  
 ¡Qué audacia para hacerse dueños de ella!  
 En hallando ocasion acomodada!  
 Ninguna reflexion les hace mella.  
 La honradez y justicia, en vano oponen  
 De sus sagradas leyes la barrera,  
 La saltan sin escrúpulo, y posponen  
 Todo á su ardiente empeño: se acelera  
 La turba, por el rastro persiguiendo  
 Bienes, puestos, honores, dignidades,  
 Que á toda prisa se le van huyendo.

Alguno alcanza; los demas rendidos  
 De la fatiga y las adversidades,  
 Caen aquí y allá desfallecidos.  
 Uno mismo es en todos el ardiente  
 Deseo, mas la suerte es diferente.  
 El uno por correr mas impetuoso  
 De lo que es menester, del codiciado  
 Término pasa: el otro mas pesado  
 Viene á perderlo, quando ya gozoso  
 Casi llega á cogerlo.  
 Algunos que han llegado á poseerlo,  
 Su dicha aplauden, quando repentino  
 Como precipitado torbellino,  
 Un reves sobreviene, que traslada  
 Las riquezas que tienen en la mano  
 A un mísero, que al ver la inesperada  
 Felicidad, pasmado pierde el tino.  
 ¡Ay de ellos si llegaron á pegarse  
 Sus corazones con amor insano  
 A aquellos falsos bienes, de manera  
 Que no puedan volver á separarse  
 Sin hacerse pedazos! Mas ceguera  
 Es aun la del avaro, que hechizado  
 Del interes, de sí mismo olvidado  
 Guarda escondido é intacto su tesoro,  
 Y perece por falta de alimento.  
 ¡Mas cuál es ¡O pleyteantes! vuestro intento?  
 ¡Hacia dónde correis enfurecidos?



Vuestra atencion imploro.  
 ¡ No gozareis en dulce paz unidos,  
 Mejor que entre contiendas,  
 De esas ricas haciendas  
 Con que os ha distinguido la fortuna ?  
 No dan oidos á razon alguna :  
 La ira los enagena : á competencia  
 Entran en el confuso laberinto,  
 En donde habita la ruidosa ciencia  
 De la legislacion. Granza gozoso  
 El negro cuervo, que en aquel recinto  
 De trampas y de sangre se mantiene,  
 Al ver aquel gustoso  
 Nuevo manjar que á su hambre se previene :  
 Acude y los despoja, hasta que quedan  
 En cueros quando de él se desenredan.  
 De un palacio viniéron opulentos,  
 Y ahora desnudos, míseros y hambrientos,  
 Buscan alguna choza en que abrigarse,  
 Y del maligno público ocultarse.  
 ¡ Y quantos tambien mueren abrumados  
 Baxo el peso de bienes desmedido,  
 Que fortuna sobre ellos ha llovido ?  
 ¡ Pocos son los que saben moderarse,  
 Quando con tal favor se ven tratados !  
 Llega por fin la muerte,  
 Y en destruir de un golpe se divierte  
 Todas las diferencias, reduciendo

A una pobreza igual todos los hombres.  
 Junta en su urna imparcial todos sus nombres  
 En cédulas, y á un tiempo revolviendo,  
 Sin distincion los bienes, dignidades,  
 Méritos, prendas, títulos, edades,  
 A ciegas saca de ella la primera  
 Cédula, con que da su mano fiera.  
 ¡ Si alguna vez las víctimas elige,  
 Tiemble el que sea dichoso !  
 Que del cruel enemigo el brazo duro,  
 Casi siempre el primer tiro dirige,  
 Contra aquel que le mira desdeñoso  
 Por su distancia y juzga estar seguro.  
 Parece que encargó Dios á la muerte :  
 “ Tus golpes sean los mas inopinados  
 Enseña á los vivientes á temerte.”  
 ¡ Qué exâcta es en cumplir estos mandados  
 Terribles ! ¡ Cómo burla la inhumana  
 Todos nuestros proyectos, y escarmienta  
 Nuestra seguridad ! No pasa dia  
 En qué cruel no desmienta,  
 Nuestra prevision vana,  
 Las conjeturas en que el hombre fia.  
 ¡ Quántas veces quedamos espantados,  
 Al ver los infortunios desusados,  
 Imprevistos que acababan con su vida !  
 A pura admiracion, se nos olvida  
 El dolor de aquel golpe lastimero,



El resplandor alegre que despide  
 Nuestra felicidad, debe llenarnos  
 De inquietud, como el mas funesto agüero.  
 La obscuridad de la miseria impide  
 Que la muerte cruel llegue á acertarnos,  
 Al paso que la luz, quanto mas pura,  
 Tanto mas en el blanco la asegura.  
 La fortuna parece que tiene hecha  
 Con la parca homicida union estrecha.  
 ; Con qué delicadeza la alimenta  
 Las víctimas para ella destinadas !  
 Luego que estan cebadas  
 A fuerza de regalos, las corona  
 De flores, y las lleva á la sangrienta  
 Ara del monstruo que jamas perdona.  
 ; Quántas veces la diosa fementida  
 Vemos que va á sacar de la escondida  
 Lobreguez de una choza, á un desdichado  
 Que vive en la pobreza  
 De los demas mortales olvidado !  
 Que un rápido vuelo, en un instante,  
 De la opulencia al centro mas brillante  
 Le traslada, le colma de riquezas,  
 De placeres y honores,  
 Y en la mas alta cumbre le coloca,  
 Como objeto de todos sus favores,  
 Para ser visto, y excitar la loca  
 Envidia de los otros; mas apénas

Empieza á disfrutar de las ajenas  
 Adoraciones vano, y solicita  
 Vuelto en sí sosegar,se,  
 O de su nueva dicha embriagarse,  
 Quando la diosa cruel le precipita  
 De aquella altura, á la cuchilla fiera  
 De la rabiosa muerte que le espera.  
 Su feliz suerte fué por la mañana  
 Brillante objeto de la envidia humana,  
 Y es por la tarde inagotable vena,  
 Del triste llanto y compasion agena.  
 Por largo tiempo una robusta encina  
 Sin estorbo domina  
 El ayre con su copa alta y frondosa,  
 Cubre su opaca sombra la espaciosa  
 Llanura que circunda el tronco erguido;  
 El ganado encendido  
 Por el sol meridiano, se apresura  
 A guarecerse á aquel impenetrable  
 Asilo, y disfrutar su deleytable  
 Y perpetua frescura;  
 Dilatadas edades,  
 Hizo frente á la furia continuada  
 Del viento y tempestades;  
 Pero la hacha afilada  
 Su elevacion repara; en el momento  
 Embiste á sus raices; al violento  
 Incesante golpeo derribada,



Tronando con horrísono estampido,  
 Se tiende sobre el campo estremecido;  
 De sus inmensas ramas la espesura,  
 Oculta casi toda la llanura;  
 Se conmueven y tiemblan los cercanos  
 Campos al estallido,  
 Por los ecos lejanos  
 De valles y barrancos repetido.  
 Así para asustar á los humanos,  
 Derriba la guadaña de la muerte,  
 Las cabezas mas nobles y elevadas,  
 Y sus aras se ven ensangrentadas  
 De lo mas pingüe. Solo el ser dichoso,  
 Basta para atraerte  
 Sus golpes. Quanto mas el luminoso  
 Fuego de nuestra vida resplandece,  
 Tanto ménos ardiendo permanece. (a)  
 ¡ La alegre juventud cómo lucía,  
 Qué la salud brillaba  
 En tus hermosos ojos! ¡ O hija mia!  
 ¡ Ay de mí, demasiado florecía  
 Para ser duradera tu belleza!  
 ¡ Yo sobrado dichoso me encontraba!  
 ¡ No lo fui mucho tiempo!—No acababa  
 De concebir que la naturaleza  
 Hubiese hecho aquella obra primorosa,  
 Para destruirla en término tan breve.  
 No podía creer que aquella boca hermosa,

Que aquella nueva y encarnada rosa,  
 Abierta entre la nieve,  
 Que dulcemente se me sonreía,  
 Al punto para siempre iba á cerrarse;  
 Y que aunque la veía  
 Viva, estaba ya muerta interiormente.  
 ¡ Pronto ¡ ay de mí! lo estuvo totalmente!  
 Así suele ocultarse  
 La muerte, baxo el velo artificioso  
 De una vida robusta y duradera:  
 Presenta á nuestra vista por defuera  
 De la salud el colorido hermoso;  
 El insensato amante se alucina  
 Con la apariencia del objeto amado,  
 En que toda su dicha ha colocado.  
 Al mirar el carmin de sus rosadas  
 Mexillas, la belleza peregrina  
 De su boca, en que estan depositadas  
 Las gracias y el candor, llega á olvidarse  
 Que á una mortal adora;  
 ¡ Qué ceguedad! ¡ El infeliz ignora,  
 Que dentro de un instante alzaré al cielo  
 Los tristes ojos, prontos á anegarse  
 En lágrimas de horrible desconsuelo!  
 Ya con la tierna Aspasia, el venturoso  
 Lisandro estaba próximo á enlazarse:  
 La fortuna propicia los había  
 Colmado de sus dones: conocía



Aun el mundo envidioso  
 De ámbos á dos el mérito y belleza,  
 Y á pesar de la envidia los amaba;  
 La juventud en ellos florecia:  
 Su opulencia era igual á su nobleza:  
 Se amaban tiernamente—; Qué faltaba  
 A su felicidad para que fuera  
 Completa, sino hacerla duradera?  
 La alegre hora nupcial se determina:  
 Aspasia aguarda á un tiempo, el digno esposo  
 Y la felicidad, en un hermoso  
 Y soberbio palacio que domina  
 El mar, á sus riberas colocado:  
 Tranquila ve las olas espumosas,  
 Venir con un murmullo continuado,  
 En sus sólidos muros á estrellarse:  
 ; Ah, y qué léjos está de rezelarse,  
 Que al paso que ellas corren tumultuosas  
 Unas tras de otras, corre su ventura,  
 Y hácia su fin funesto se apresura!  
 ; Con igual rapidez desaparece,  
 Que los rayos brillantes  
 De la trémula luz, que resplandece  
 Sobre sus crespas aguas vacilantes!  
 ; La aurora prometió á los dos amantes  
 El día mas hermoso,  
 Y este día dichoso,  
 Vió á entrambos divididos,

Por la bárbara muerte destruidos!  
 Lisandro tiernamente se despidió  
 De su querida Aspasia, y la asegura  
 Volver, como llorosa se lo pide,  
 Aquella tarde misma. ; En vano jura!  
 Ya las pérfidas ondas va surcando:  
 El cielo se oscurece; una tormenta  
 Horrible se levanta; el mar bramando  
 Se abre, y en sus abismos le sepulta:  
 Llega la nueva cruel; la macilenta  
 Cara del mensajero,  
 Da á conocer lo que el silencio oculta:  
 Ve Aspasia escrito en ella el golpe fiero,  
 La muerte infausta de su tierno amante;  
 Siente venir la suya en el instante;  
 Su corazón revienta, destrozado  
 A fuerza de amargura;  
 Los sollozos la ahogan; fallecida  
 Va á ocupar en la obscura  
 Morada del sepulcro el dulce lado  
 Que no llegó á ocupar estando en vida.  
 El palacio envidiado,  
 Que habia de servir al venturoso  
 Enlace, se ha trocado en doloroso  
 Monumento, á la muerte dedicado.  
 Las homicidas aguas que han cubierto  
 De luto su recinto y desierto,  
 Con ondas insensibles lo rodean,



Y sus caidas murallas señorean.  
 Aun al desapiadado marinero,  
 Le parece que escucha lastimero  
 Gemido de los dos desventurados,  
 Y no puede negar alguna escasa  
 Lágrima compasiva, quando pasa  
 Cerca de aquellos mares mal hadados.  
 ¡Mas para mi dolor bastará acaso  
 Que de lágrimas corran dos raudales?  
 ¡Quién me ha de dar consuelo?  
 Vánamente en hallarlo me desvelo.  
 ¡He conseguido ni un momento escaso  
 Adormecer mis enconados males?  
 La senda misma que anhelando sigo  
 Para huir de su furor, va á dar conmigo  
 En medio de su turba encarnizada.  
 En este mismo instante el pensamiento,  
 Por mas que en detenerle me fatigo,  
 Lleva á mi alma forzada  
 A la idea que causa su tormento.  
 ¡Aquellos dos amantes infelices  
 A lo ménos á un tiempo feneciéron!  
 ¡En su funesta suerte,  
 De algun modo felices, obsecro,  
 El consuelo tuviéron  
 De no ser divididos por la muerte!  
 Los mortales no habian de enlazarse  
 Jamas, ó no llegar á separarse.

¡No puedo, á la verdad, Narcisa mia,  
 Acordarme de tí, sin que destile  
 Sangre mi corazon! Pero con todo,  
 Por mucho que en tu pérdida cavile,  
 Solo como á hija tierna te queria:  
 Tu ser de ningun modo,  
 Aunque inmediato, estaba tan unido,  
 Que con el mio fuese confundido.  
 Ella\* al contrario, junta íntimamente  
 Conmigo, una persona componia.  
 Eramos solo un ser; y si clemente  
 El cielo me la hubiera conservado,  
 Las demas penas hoy olvidaria.  
 A Narcisa en su madre la encontraba,  
 Y aun al caro Filandro le borraba  
 De mi memoria aquel objeto amado.  
 ¡O tierno lazo! ¡O dulce compañía!  
 No es una mera union de inclinaciones,  
 Es una íntima mezcla inseparable  
 De dos enagenados corazones,  
 Que enteros ya no pueden dividirse.  
 Aunque quiera la muerte inexorable  
 Separarlos, jamas logra salirse  
 Con su intento, pues no corta sus lazos,  
 Sino un corazon solo en dos pedazos.  
 Por la terrible herida

\* Habla de su muger.



Fluye, y se desvanece  
 Para siempre la dicha que allí anida.  
 ¡Feliz entre los dos el que perece!  
 El otro trozo lánguido y sangriento,  
 Mientras palpita, sin cesar padece  
 Amarga pena, bárbaro tormento.  
 La muerte es su consuelo. ¡Mas qué hacemos  
 Pobre corazón mio?  
 ¡Adónde va á parar tu desvarío?  
 Esta llaga cruel jamas toquemos.

---

NOTA.

(a) Como batallan perpetuamente los elementos en el campo de la naturaleza, así la muerte combate con la vida. Quando la vida es dichosa, animada, brillante y alegre, la muerte la mira como una ofensa, como una traicion hecha al soporoso letargo que da la ley en su imperio, en donde hasta el deleyte y la bulliciosa ambicion yacen embargados de un eterno sueño. Quanto mas gozosa es la vida, tanto mas la aborrece. Tiene por la mayor honra oprimirla, y extender sobre ella todo su poder. Se complace la muerte en valerse de estratagemas. Es aficionada á sorprehender. Como desea, quando hace presa de qualquier objeto, jactarse de su destreza, quanto ménos la temen, tanto mas gloriosa la parece, y tanto mas la alegra su victoria. ¡De cuántos artificios no se vale para adormecer

nuestros rezelos! Ni el disimulado Tiberio ocultaba sus designios con un velo tan espeso. Semejante á aquellos Príncipes que viajan disfrazados y de incógnito por las Cortes extrangeras, la muerte toma el nombre y el disfraz de la vida. Adopta todas las formas que pueden servir á sus horribles proyectos; y aunque posee un imperio mas vasto que el que alcanzó el Aguila Romana con su vuelo, aun quiere extenderlo. Semejante á Neion ya se presenta disfrazada de baylarin, ya conduce un brillante carro, ó ya vestida de amazona maneja con ligereza un caballo. Nadie la reconoce hasta el instante en que devora su víctima, atropellada y abatida á sus pies. Tiene el mayor cuidado en tomar siempre aquellas figuras que ménos se parecen á su esqueleto descarnado. Un cuerpo robusto y grueso es su disfraz mas regular. ¡Dichosos aquellos que no se dexan engañar de las apariencias! El hombre que tiene siempre uno de sus ojos clavado en la muerte, y el otro fijo en el cielo, es á un tiempo mortal é inmortal. Como hace mucho tiempo que me dedico á penetrar los artificios de la muerte, y observo cuidadosamente todos sus movimientos, la he visto, ó he soñado verla al tiempo que en su tocador dexaba los rasgos horribles de su figura, para tomar otra garbosa y agradable. Supuesto que tú ¡O Musa! te acuerdas de este extraño caso, recuérdame sus circunstancias. Aunque con efecto haya sido un sueño, siempre servirá para dar á conocer el carácter de este monstruo.

Me hallaba yo en una concurrencia de jóvenes sin seso; quiso entrar en ella la muerte; la naturaleza la cerró la puerta; pero poco despues tuvo que abrírsele á instancias de un Médico famoso, que la venia dando el brazo. Tuvo buen cuidado de des-



pachar á la entrada al Doctor, para poder conservar el *incógnito*. Habia cedido su magra figura, y sus huesos descarnados á un viejo y listo usurero, en agradecimiento de que la cebaba una excelente víctima en la persona de cierto mancebo pródigo: en lugar de su esqueleto habia tomado el ligero garbo de este jóven petimetre, su ayre de moda, su ceño militar, y su magnífico vestido, con el qual ocultaba su horrible mortaja. Su talle jorobado se endereza, se alarga, y se vuelve ayroso; por último, esconde sus mortales flechas en los ojos de la hermosa Mira. Acomodada así la espantosa máscara sale á buscar sus aventuras. ¿Me preguntarás adonde acude? Mejor dirías: ¿y adonde dexa de acudir! Para que entiendas los parages que mas freqüenta, bástete saber que no sigue con mas puntualidad la noche al dia, que la muerte los pasos del deleyte, quando el deleyte camina por qualquiera senda desaprobada por la razon.

Quando la disolucion cierra las puertas á la razon, y la alegría desordenada destierra el juicio, ocupa la muerte la cabecera del banquete ó del sarao, gobierna el bayle, vuelca los dados, y llena hasta los bordes su nocturna copa. Bebe alegremente á la salud de sus gozosos compañeros, y se rie interiormente de ver que se rien de ella, como si estuviera ausente y remota de su presencia; y quando mas calientes tienen las cabezas, y no les ocurre el menor rezelo de tenerla presente, quando convidan á todos los deleytes de la tierra para que inunden sus corazones de alegría, y asistan á la esplendida cena, quando su pensamiento, enagenado de gozo, da vuelta á la llave, y cierra totalmente la puerta á la muerte, se quita de repente este tirano la máscara. Los mira con ojos airados.—Los infelices retroceden aterrados, caen unos

encima de otros, y espiran en brazos de la desesperacion.

No es mayor el espanto, ni mas súbito el terror, quando llevada sobre las rápidas alas del salitre, tocado por el fuego, abrasa, rompe, brilla, truena y devora.

¿Es posible ¡O Lorenzo! que porque ignoras el momento en que la muerte te ha de destruir, te adormezcas abrigado con la agradable copa de la seguridad? Su incertidumbre misma es la que la hace peligrosa. No imites á los infinitos insensatos, que abusan de toda la longitud de su vida con pretexto de que ignoran el punto en que se ha de terminar.

La muerte de Narcisa fué prematura, pero no por esto imprevista; en medio de la alegría de la fresca juventud no se olvidaba de que habia de morir. Sus ojos y sus pensamientos se adelantaban muchas veces á encontrarse con su venidera suerte. En vapo la fortuna, entendiéndose con la muerte para engañar á mi hija, procuraba alucinarla, acumulando en sus manos todas sus brillantes bagatelas, y agitando á su vista sus alas de oro. Jamas pudo apartar sus ojos del último término del hombre.

¿Está acaso Lorenzo hechizado aun del resplandeciente aparato de las grandezas humanas? ¿Anhela todavía fabricar su nido en la sublimidad de los ayres, sobre la delgada punta de una endeble rama, expuesta á quebrarse al menor aliento del zéfiro, y á precipitarlo consigo?

Si son verdaderos mis acentos, las mismas caricias de la fortuna apresuran la venida de la muerte. ¿Te atreves aun á mirar con apetito el oro? ¿Quieres todavía correr á tu ruina? La muerte gusta de apuntar á un blanco brillante, y de hacer



tiros famosos que espanten, al paso que destruyan. Solo con que yo recogiese las flechas que tira á las cabezas que sobresalen entre la muchedumbre, sobrarian para llenar mi aljava. ¡Y cuánto no daría yo por poder suspender esta aljava, mas allá de la region del ayre cerca del celeste Sagitario, para que desde allí llamase la atencion pública, y fuese el objeto de la contemplacion del linage humano?

Seria sí, una constelacion terrible, pero al mismo tiempo benéfica, que serviría para guiar entre las olas tempestuosas de la vida á los mortales, que la fortuna se complace en llenar de sus peligrosos dones. Como brillante faro les haría evitar el escollo en que casi todos naufragan; escollo que no consiste sino en que crece su seguridad á medida que el peligro aumenta, y olvidan su suerte próxima alucinados por la felicidad presente.

## OCTAVA NOCHE.

## LA INMORTALIDAD.

No la perdí, es verdad, como á Narcisa,  
De su edad en la verde primavera.  
Ni con muerte improvisa  
Dió fin, como Filandro, á su carrera.  
¡Y esto acaso es capaz de consolarme?  
Antes quando no hubiera otro motivo,  
Este solo bastara á atormentarme.  
Aquellas inhumanas dilaciones,  
Me han hecho padecer un excesivo  
Cúmulo de continuas aficciones.  
Quanto mas tardó el golpe, fué mas vivo,  
Mas atroz para mí, pues á medida  
Que duraba su vida,  
Mas y mas nuestras almas se juntaban,  
Y sus estrechos lazos apretaban.  
Como estos uno á uno se rompiéron,  
En mi sensible corazon abriéron  
Otras tantas heridas penetrantes,  
Que con dolores vivos é incesantes,  
En un tormento horrible me han tenido,